

José María Torres Caicedo, precursor de la multipatria latinoamericana

ANTONIO JOSE RIVADENEIRA VARGAS*

Sea lo primero expresar mi profundo agradecimiento al señor Presidente don Germán Arciniegas y a los distinguidos académicos que con más largueza que justicia hicieron posible mi ingreso a este docto Instituto donde se honra la verdad, se enaltece a la Patria y se depuran las más egregias tradiciones de la nacionalidad.

Tan señalada distinción la recibo humildemente, con la sencillez y modestia que impone mi ancestro boyacense, elemental y puro a la vez, como elementales y puros son el cielo y la tierra de mi querida Boyacá, preñada de gloria, de patria y de silencio y siempre pronta a dar todo de sí cuando se trata de servir a Colombia.

Y permítanme ahora que este singular honor de compartir con ustedes graves y patrióticas labores lo transfiera simultáneamente a Boyacá, solar de mis mayores; a mis seres queridos, ligados a mi vida por la sangre y el afecto y a mis innumerables discípulos, entre los cuales descuellan el eminentísimo Cardenal Alfonso López Trujillo, quienes en las aulas del Gimnasio Boyacá y del Colegio Santiago Pérez y en los claustros de las Universidades Nacional, Externado de Colombia, Central, de la Sabana, Católica e Incca,

* Abogado, profesor de teoría de la cultura en América Latina y cátedra bolivariana en la Universidad Central, presidente de la Federación Mundial de Academias Bolivarianas, actual presidente de SOLAR.

sucesivamente y durante 35 años han sido mis interlocutores amables en el diario inquirir sobre el acontecer histórico y social de la Nación.

Sin modestia y sí confesando orgullo declaro que yo no sería hoy objeto de esta consagración, si ilustres figuras de nuestra historiografía no me hubieran incitado en mis mocedades al cultivo de la historia y no me hubieran otorgado su apoyo y su consejo. Me refiero a los doctores Eduardo Santos, Guillermo Hernández de Alba, Horacio Rodríguez Plata, Sergio Elías Ortiz, Ulises Rojas y Guillermo Vargas Paúl.

Creo no cometer infidencia si relato que cuando cursaba estudios de bachillerato en el Colegio Nacional de Chiquinquirá, en donde fui alumno del insigne humanista español don Juan de Garganta, recibí del maestro Guillermo Hernández de Alba, decano de esta academia, el encargo de localizar en el Convento de los Padres Dominicos el óleo de don Antonio Paniagüa Valenzuela y Faxardo, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario entre el 29 de diciembre de 1783 y el 8 de octubre de 1784. A satisfacción cumplí el cometido pues no solo envié al maestro la reproducción fotográfica del óleo, sino que picado por la curiosidad histórica empecé a pergeñar mi primer trabajo de investigación, que vio la luz en la revista de la Universidad Nacional de Colombia, en la entrega correspondiente al mes de abril de 1954, bajo el título "*Antonio Paniagüa, un discreto forjador de cultura*".

Cuando en 1962, por insinuación de mi inolvidable maestro Ricardo Hinestrosa Daza, recogí en un pequeño volumen las lecciones de *Historia Constitucional de Colombia* que dictaba en el Externado de Derecho, lo dediqué a Hernández de Alba, quien con el señorío e hidalguía que lo caracterizan, no solo destacó mi modesta labor sino que me brindó nuevos estímulos para que prosiguiera en la grata faena de interpretar el contradictorio e interesante proceso institucional de la Nación.

Años después, cuando transmití a Hernández de Alba mi intención de hacer la biografía de don Santiago Pérez, prócer civil de la República, de inmediato me hizo poseedor de invaluables documentos que me revelaron aristas desconocidas de aquella noble vida y que me permitieron además rectificar versiones parcializadas sobre el debate electoral de 1875, durante el cual el Presidente Pérez, fiel a su tradición de diamantina probidad, se mantuvo imparcial

y con valor que lo enaltece doblegó el pretorianismo criollo que protagonizaron contra su autoridad Solón Wilches y Ramón Santodomingo Vila, a quienes destituyó impávido de los altos mandos militares.

No podría omitir el patrocinio intelectual que para escribir y publicar la biografía de Pérez me brindó el ilustre expresidente Santos, quien me obsequió libros, me suministró datos, solicitó al doctor Horacio Rodríguez Plata me facilitara el archivo epistolar de don Aquileo Parra y finalmente ameritó la obra con un prólogo, que me honra y enaltece.

Faltaría a los deberes de la amistad si no consignara en esa ocasión mi permanente testimonio de gratitud a Leopoldo Zea, ilustre pensador mexicano, quien prologó mi último libro *Bolívar, Integración y Libertad*; a Arturo Ardao, notable ensayista uruguayo, quien despertó en mí el interés por la figura de Torres Caicedo, me envió su notable obra *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* y me hizo poseedor del texto del tratado de Confederación Hispanoamericana firmado en Washington en 1856; a los académicos Antonio Cacia Prada y Javier Ocampo López, por los estímulos que me han brindado para mis últimas investigaciones y a los ilustres rectores de las Universidades Central y La Sabana, doctores Jorge Enrique Molina Mariño y Octavio Arismendi Posada, por su apoyo indeficiente a mi modesta labor docente.

Constituye tema central de la presente disertación la atrayente aunque desconocida figura de *José María Torres Caicedo*, un eminente colombiano en cuyo espíritu vibró la América de Bolívar y Martí con tal fuerza e intensidad, que hoy en la perspectiva del tiempo se yergue como el auténtico precursor de la *Multipatria Latinaoamericana*, que no es otra cosa que la "utopía salvaje" de quienes creemos que todavía es posible que la América morena, producto del mestizaje, retorne a la vida de la Historia como protagonista exclusiva de su destino y supere así el marginamiento a que fue condenada desde los lejanos tiempos en que por la equívoca hazaña de Colón, fue incorporada al mundo de occidente como tributaria de la India legendaria.

El mayor mérito de Torres Caicedo y su mayor acierto, fue el haber creído con fe y con verdad en la América situada al sur del río Bravo y el haber aplicado su esfuerzo a hacer realidad el principio de que "todos los latinoamericanos son ciudadanos de una

patria común, pues como él mismo lo expresó "los países americanos que tienen un mismo origen, comunidad de intereses, idénticas tradiciones, las mismas instituciones, un mismo idioma, una misma religión y aspiraciones comunes, están llamados a unirse, porque la unión es la más irresistible como la más fecunda de las afirmaciones" (Unión Latinoamericana).

A consolidar las glorias de esa América mestiza, a exaltar sus valores, a defender sus derechos, a condenar los atropellos de que la hacían objeto dedicó Torres Caicedo buena parte de su meritoria existencia y a institucionalizar su unidad consagró sus talentos y su notable influencia. Unidad elemental y simple, sustentada en el derecho y la equidad era la que proclamaba este notable americanista quien advertía que "la liga de los débiles no tiene por qué inquietar a los fuertes cuando éstos se hallan dispuestos a respetar la justicia y el ajeno derecho".

Antes de divagar sobre el pensamiento, la acción y el mensaje de este gran ejemplar humano, cuyo prospecto de unidad procuró el rescate del pensamiento integracionista de Bolívar dentro de unos parámetros de libertad y respeto a los derechos de las naciones débiles, procede destacar algunos perfiles de su interesante vida.

Ciertamente no abundan fuentes que permitan reconstruir la infancia y adolescencia de Torres Caicedo, llamado "Torrecitos" por su baja estatura y apodado el "monigote" por su gran amistad con su familiar y protector, el Arzobispo de Bogotá, Monseñor Manuel José Mosquera.

Se sabe que nació en Bogotá el 30 de marzo de 1830 y que fue el menor de los hijos en el hogar formado por el notable educador y matemático Julian Torres y Peña y doña Tadea Caycedo Villegas, dama tunjana de la estirpe de los Caicedo de Santa Fe.

Fueron sus tíos los presbíteros tunjanos José Antonio, autor de las *Memorias sobre los orígenes de la Independencia Nacional*, de cuya lectura dedujo el General Santander que "este escritor es tan acreedor a una horca, como lo fue Judas Iscariote", Joaquín Manuel y Santiago Torres y Peña, este último signatario del Acta de la Independencia.

Por cuanto el padre falleció en 1832 sin dejar bienes de fortuna, se presume que la familia debió pasar estrecheces económicas y que

el pequeño José María debió acogerse al *mecenazgo* del Arzobispo Mosquera. Hay testimonios de que era hombre pobre, de que ejerció de monaguillo y que hacia 1848 vivió en casa de los padres de Francisco de Paula Borda, donde era considerado como otro hijo.

No ha podido establecerse donde se educó. En un libro que me obsequió el doctor Eduardo Santos, publicado en la Imprenta del Neogranadino en 1850 y dedicado a destacar las conmemoraciones del 20 de julio de 1849, a la página 33, en la lista de las personas que han contribuido para la manumisión de esclavos, aparece el doctor José María Torres Caicedo como donante de la suma de ocho pesos.

El hecho de que en la misma publicación se hubiera incorporado su poema a Policarpa Salavarrieta, a continuación de unos versos de Felipe Pérez y dentro de la Crónica Mensual del Colegio del Espíritu Santo, induce a pensar que Torres Caicedo pudo haber sido discípulo de Lorenzo María Lleras y haberse doctorado en derecho en dicho establecimiento, pues Arturo Ardao en su obra citada (pág. 74) afirma que "cursó estudios de derecho en su ciudad natal".

Con disposición para la poesía pero sin llegar a ser un vate consumado, desde los 16 años compuso versos y se inició en el periodismo junto al poeta José Eusebio Caro, cuya influencia política y filosófica registra así en su *Resumen de la Literatura Colombiana* (Nueva York-París 1918 pág. 53) el maestro Antonio Gómez Restrepo: "Llamábase este compatriota don José María Torres Caicedo, y había nacido en Bogotá en 1830. En la "Civilización" de Caro publicó artículos de ardiente política y largas composiciones en verso sobre temas siempre elevados, pero con escasa inspiración poética. Herido en un duelo memorable, emigró a Europa pobre y con una bala entre el cuerpo; y en Francia, con su actividad de periodista y sus recursos de hombre de mundo, se formó una posición envidiable, que culminó en los años de oro del Segundo Imperio y en los primeros de la III República".

Torres Caicedo colaboró también en *El Progreso*, la *Sociedad Popular* y sobre todo en *El Día*, periódico de oposición, del que llegó a ser redactor principal de mediados de 1849 a fines de 1850 y en cuyas columnas publicó el 10 de agosto de 1850 un extenso y fundado escrito titulado "Venta del Istmo de Pana-

ma" y el 29 de octubre de 1850, apareció el editorial *Despedida*, en el cual explicó las causas de su alejamiento del país.

La beligerancia política de Torres Caicedo hizo época en la Bogotá de entonces. Fiero opositor al Gobierno reformista de José Hilario López, comparte labores periodísticas con los más caracterizados jefes del tradicionalismo: Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro, fundadores del Partido Conservador colombiano. Desde las columnas de *El Día* ofende a Martina Bermúdez "atribuyéndole relaciones con el doctor Manuel Murillo Toro entonces Secretario de Hacienda" y por esta causa al pie de la torre norte de la catedral hubo de soportar "cruzado de brazos en actitud estóica" los azotes propinados por la ofendida, según refiere Cordovez Moure en sus *Reminiscencias*.

Torres Caicedo alcanzó fama de formidable polemista, sin embargo sus excesos lo llevaron a protagonizar otro incidente que lo tuvo al borde de la muerte, pero que a ultranza le abrió los caminos de la celebridad.

José María Cordovez Moure en las *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá* dedica el Capítulo titulado *El Duelo* a referir los pormenores de aquel episodio trágico. Desde las columnas de *El día* Torres Caicedo al comentar el robo perpetrado en la tienda de mercancías que poseía don Vicente Azcuénaga en las galerías de la Plaza, dió a entender que Germán Gutiérrez de Piñeres, compañero del "alacrán" Joaquín Pablo Posada había participado en el delito y añadía que "despreciaba a Piñeres hasta el extremo de juzgarlo indigno de que la punta de su látigo cayese sobre sus espaldas".

Gutiérrez de Piñeres exigió una reparación y como Torres Caicedo se negó a darla y a batirse con él, en complicidad con el "alacrán" fraguaron una treta para concertar el duelo, el cual se realizó en las horas de la tarde del 8 de enero de 1850, al sur de la ciudad, en cercanías de la fábrica de pólvora, hoy Barrio San Cristóbal, con resultados desastrosos para Torres, quien fue herido por su contendor en el omoplato derecho.

Según versión de Cordovez Moure, don José Rodríguez Borda fue al lugar de los hechos, recogió a Torres Caicedo y lo llevó a su casa de habitación, a donde al día siguiente con gran aparato, el Arzobispo Mosquera le llevó desde la catedral en procesión el Sagrado Viático y le administró los últimos Sacramentos.

Francisco de Paula Borda en su obra *Conversaciones con mis hijos* (Biblioteca del Banco Popular Vol. 65 Bogotá 1974) comenta así aquel doloroso episodio:

"Torres no estuvo nunca en peligro de muerte. La política necesitaba, sin embargo, que lo estuviera. Antes de ser periodista, quizás el más exaltado que ha tenido la República, había sido familiar del Arzobispo señor Mosquera, y éste se interesaba grandemente en todo lo que a él se refería. Su periódico "*El Día*" era redactado, según se decía, bajo la inspiración de este célebre y respetable personaje".

Y concluye Borda: "Los médicos de Bogotá no pudieron extraerle la bala incrustada debajo del omoplato y fue su opinión que debía ir a Europa en busca de mejores cirujanos. Torres era pobre y su viaje costoso; pero su gratitud y cariño por mis padres lo incorporaron en la familia, en la cual vino a ser como el hermano mayor. Huérfano, daba a mi madre el cariñoso nombre de mamá y fue siempre tratado como hijo. Nada, pues, más natural que mi padre, hombre esencialmente generoso, facilitara su viaje, proveyéndole del dinero necesario, ayudado, en parte, por el señor Arzobispo Mosquera, quien, como antes lo digo, lo miraba como hijo".

A fines de 1850 Torres Caicedo abandona el país y viaja primero a los Estados Unidos y luego a Europa. Radicado en París, se incorporó al servicio del periódico "*Correo de Ultramar*" como cajista para trabajar en la imprenta y más tarde, por su laboriosidad y talento, fue ascendido primero a corrector y luego a redactor de aquella importante publicación, que se editaba en español y se difundía en Europa y en toda la América.

Operado con éxito recuperó la salud y con febril actividad se dedicó a escribir, a cultivar amistades y a ganar una posición de influencia en la sociedad parisiense de la época.

José María Quijano Wallis en sus *Memorias* (Tipografía Italo Orientale 1919) quien visitó en París a Torres Caicedo dejó, entre otros, estos importantes testimonios: "Puedo afirmar, sin que se pueda motejarseme de inexacto, o de exagerado, que el señor doctor José María Torres Caicedo ha sido el ciudadano americano (sin excluir el Continente septentrional) que ha alcanzado más alta posición y mayor nombradía en los círculos políticos, literarios y sociales de la Europa occidental y especialmente en la nación francesa.

Su carrera fue rápida y brillante, la cual quiero esbozar a grandes rasgos en este libro, como homenaje al distinguido amigo y al americano ilustre que tanta gloria dió a Colombia”.

En sus libros se encuentran prólogos encomiásticos de Jules Simón. Era amigo estrecho de Castelar, de César Cantú y de Víctor Hugo.

César Cantú en su *Historia de los últimos treinta años* dice: “Si las repúblicas de la América española enviaran siempre como sus representantes diplomáticos hombres tan eminentes como el señor Torres Caicedo, adquirirían prontamente el crédito y estimación que merecen entre los pueblos civilizados de Europa”.

Y concluye Quijano Wallis; “Como llevo dicho, el éxito asombroso de su vida dependió casi exclusivamente de su fuerza de voluntad para alcanzarlo, de su firme propósito, hijo de su ambición de elevarse en el medio social en que existía, de su laboriosidad sin par, de su actividad incansable y, sobre todo, de su cultura, corrección y costumbres intachables”.

El historiador Gustavo Otero Muñoz, expresidente de esta Academia, en su obra *Hombres y Ciudades* (Prensas del Ministerio de Educación. Bogotá 1948) en una breve nota —biográfica de Torres Caicedo afirma que “desempeñó el alto cargo de Ministro Plenipotenciario de las repúblicas de Colombia y Venezuela en Europa, y fue representante diplomático de la de El Salvador en Francia e Inglaterra. Su vida, consagrada al estudio y a la divulgación de las glorias americanas, mereció los elogios de hombres como Lamartine, Pradier— Federé, José Zorrilla, Cecilio Acosta y otras notabilidades de los dos Continentes. Comendador de la Legión de Honor y miembro correspondiente de la Academia Española y de la de Ciencias Morales y Políticas del Instituto de Francia; condecorado con las cruces de la mayor parte de los soberanos europeos; luciendo el diploma de otras sociedades sabias de Roma, Turín, Madrid y el Brasil, tuvo el honor de ser aclamado, por los representantes de todas las naciones, presidente en el ejercicio del Congreso Literario Internacional reunido en París en el año de 1879, junto con Víctor Hugo, a quien se aclamó, al mismo tiempo, Presidente Honorario. Torres Caicedo presidió, igualmente el Congreso Internacional de Americanistas en 1875, y el de Propiedad Literaria, celebrado en Viena”.

Cecilio Acosta, el eminente publicista venezolano, dejó testimonio de su admiración a nuestro compatriota en este escrito que data de 1879: "Es cosa fuera de duda hoy en el mundo civilizado que mi noble amigo el señor don José María Torres Caicedo pertenece al número de las notabilidades más encumbradas del mundo".

Y Francisco de Paula Borda, en la obra ya citada, recoge estos recuerdos de la vida de Torres Caicedo en París: "Adquirió en Europa alta y envidiada posición; se relacionó con los personajes eminentes en la literatura, en las artes y en la política y todos ellos le profesaron amistad y lo llenaron de condecoraciones. Fue miembro de 18 sociedades científicas y su nombre se halla citado con elogio en obras célebres, como la *Historia Universal* de Cantú y en libros científicos como los de Pradier-Federé. El célebre crítico, Jules Janin, escribió el prólogo de una de sus obras, enaltecíéndolo. Desempeñó la legación de varios Estados americanos y tuvo siempre entrada familiar a los Ministerios en Francia y la oficina de redacción de los mejores periódicos. Redactó el *Correo de Ultramar*. En París frecuentaba la más alta sociedad bonapartista y era deseado y solicitado por ella. Su nombre se halla inscrito en la Corte Imperial de Napoleón III, como si a ella perteneciera y era invitado siempre como los más altos personajes. Ocupó la prensa por más de 30 años, escribió varios libros y entre miles de artículos suyos son notables sus poesías y sus disertaciones diplomáticas, así como su libro sobre la Unión Latinoamericana".

En 1853 Torres publica en Nueva York su primer libro titulado *Ayes del Corazón* que contiene una colección de poesías de escaso mérito literario y en 1855 aparece en el *Correo de Ultramar* su ensayo sobre José Eusebio Caro.

En 1856 enjuicia desde París las aventuras piráticas de William Walker y el 26 de septiembre compone en Venecia el poema *Las dos Américas*, en cuyo Canto IX emplea por vez primera el vocablo *América Latina*.

Entre 1857 y 1864, Torres Caicedo se desempeña sucesivamente como Secretario de la Legación de Colombia en París y Londres y como Encargado de Negocios de Venezuela en Francia y los Países Bajos.

El 15 de febrero de 1861 da a conocer las bases para la formación de una Liga Latinoamericana compuesta de esas repúblicas que

hoy más que nunca necesitan "realizar una gran confederación para unir sus fuerzas y recursos, y presentarse ante el mundo bajo una forma más respetable" y el 25 de junio recibe una honrosa carta homenaje, suscrita por los diplomáticos hispanoamericanos residentes en París.

Al año siguiente saca a luz su libro de poesía *Religión, Patria y Amor* y en 1863 inicia la publicación en dos tomos de los *Ensayos Biográficos y de Crítica Literaria*, que tienen prólogo de Emilio Castelar y con los cuales procura divulgar los valores literarios de la América Latina.

Infatigable en su labor de escritor publica en 1864 un ponderado estudio sobre la pena de muerte, en 1865 *Los principios de 1789 en América* y su ensayo *Unión Latinoamericana*, en la cual reproduce las bases para la formación de la Liga Confederal propuesta en 1861.

Durante 1868 desempeñó la Legación de Colombia en España, por designación que le hizo el Presidente Santos Gutiérrez y fue entonces cuando se recibió como miembro de la Real Academia Española.

Al finalizar el año de 1868 lo encontramos nuevamente en París, donde publica los *Estudios sobre el Gobierno Inglés y Sobre la Influencia Anglosajona* y el Tercer Tomo de los *Ensayos Biográficos y de Crítica Literaria*.

En 1872 Torres Caicedo se incorpora a la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París y en 1875 publica la obra *Mis Ideas y Principios* en tres tomos, reedita el libro *Unión Latinoamericana* y preside, como ya se dijo, el Primer Congreso Internacional de Americanistas reunido en Nancy.

Durante 1878 alterna su labor diplomática con la académica, de manera que participa en el Congreso Literario Internacional de París, preside la Comisión Organizadora de la Gran Exposición internacional, se desempeña como Ministro Plenipotenciario de la República de El Salvador, es elegido Comendador de la Legión de Honor, forma parte con Emilio Castelar del Comité de Honor de la Asociación Literaria Internacional y el 16 de diciembre es objeto de un espléndido homenaje que le tributan los representantes diplomáticos de América Latina.

El 29 de enero de 1879 funda *La Sociedad de la Unión Latinoamericana* en París, cuyos extensos estatutos fueron aprobados en el mes de marzo y en ese mismo año participa en el Segundo Congreso Internacional de Americanistas reunido en Bruselas y en el Congreso Literario Internacional de Londres.

En febrero de 1880 tiene la satisfacción de instalar en Roma un Comité de la Sociedad de la Unión Latinoamericana, prueba evidente de que sus prospectos de unidad eran mirados con respeto en los países europeos vinculados a la latinidad.

Poco se sabe de su actividad intelectual y literaria entre 1881 y 1886, aunque Arturo Ardao en la obra ya citada (pág. 127) refiere que "a 1886 corresponde la última manifestación de unionismo latinoamericano hecha pública por Torres Caicedo, que nos ha sido posible registrar". En acto de homenaje a José de San Martín, celebrado en París, declaró: "Yo he pensado siempre que todos los latinoamericanos debemos rendir un tributo de amor, de reconocimiento y de veneración a todos los grandes hombres de América que nos han hecho nacer a la vida de hombres libres y de pueblos independientes, cualquiera sea el lugar de su nacimiento. Para mí, colombiano, que amo con entusiasmo mi noble patria, existe una patria más grande: *América Latina*".

Entre sus postreras producciones debemos destacar la carta que envió a Alberto Urdaneta, algunos de cuyos apartes se insertaron en el *Papel Periódico Ilustrado*, en la edición del 29 de mayo de 1888 y cuyo texto es el siguiente: "Hijo de patriotas, usted, mi caro amigo, ha amado y servido a la hermosa Patria colombiana. Usted ha seguido la máxima "la Patria es como la Divinidad: a ella todo lo debemos; ella nada nos debe".

"Colombia es la nación iniciadora y vulgarizadora de toda noble idea. Es la Francia andina; a esa tierra amada la Providencia reserva inmensos destinos. Nuestro país será próspero, feliz y respetado cuando se celebre el deseado consorcio entre la *Libertad* y la *Autoridad*. Todo nos sobra; solo nos falta un poco más de juicio. Queramos y defendamos la *Libertad* como a una esposa casta, y no con la impetuosidad y el delirio con que se ama a una querida. La *Libertad* es la Justicia".

Este admirable testimonio de su amor a Colombia no es solo un afortunado diagnóstico sobre la causa de nuestros desequilibrios

sociales, sino una lección de optimismo sobre el destino de esa patria lejana que él llevaba muy cerca de su corazón.

Sabemos cómo fueron de amargos sus años postreros y que falleció cerca de París en 1889, paradójicamente en vísperas de reunirse en Washington la Primera Conferencia Internacional Panamericana, de cuyo seno habría de nacer el sistema de dominación que implicaba la antítesis del pensamiento de unidad preconizado por Torres Caicedo.

Otero Muñoz, en el estudio ya citado, resume así los últimos días de este gran colombiano: "Empero, la última época de su existencia fue muy dolorosa. Una terrible enfermedad de más de tres años aniquiló su vida, primero bajo los rigores de la anemia cerebral, luego con los arrebatos de una demencia irascible, y últimamente abrumado por una lastimosa parálisis que concluyó por hacer inactivos su cuerpo y su espíritu. Falleció en una casa de alienados cercana a París, el 27 de septiembre de 1889. Sus exequias se celebraron en Anteuil; el Gobierno de la República francesa estuvo representado en ellas por el Ministro de Relaciones y entre los concurrentes se veía a muchos miembros del Cuerpo Diplomático europeo y americano, del Instituto de Francia y de la Legión de Honor. Se le tributaron honores militares por un Batallón de Infantería, un Escuadrón de Dragones y media batería artillera. Sus restos reposan en el Cementerio del Padre Lachaise, eternamente lejos de la patria, que nunca ha honrado su memoria".

Ojalá que con motivo de la reunión en julio de este año en Bogotá del 45o. Congreso de Americanistas, el primero de los cuales presidió Torres Caicedo en Nancy hace 110 años, Colombia honre la memoria de este patriota esclarecido que alternó con virtud propia entre las más grandes figuras intelectuales de su época.

Conformación de la multipatria latinoamericana

El nuevo mundo ha padecido secularmente de una crisis de identidad, hasta el punto de que si la pluma maestra de Germán Arciniegas ha dibujado la América como el Continente de siete colores, hoy puede hablarse con propiedad del Continente de las siete identidades.

En efecto, nacimos a la vida del pensamiento de occidente por aca-

so y como apéndice del Continente asiático. Por eso nos llamaron indios y a las tierras descubiertas se las bautizó con el nombre vago y misterioso de *Indias Occidentales del Mar Océano*. A sus habitantes se les negó la calidad humana y en el Siglo XVI se decidió la polémica en torno a la naturaleza bestial del hombre americano en el sentido de reconocerle alma, pero de calificarlo a la vez como ser inferior, relativamente incapaz, al que había que discernirle tutores y curadores para que cuidasen de su persona y de sus bienes. Ese es el criterio que inspira la profusa Legislación de Indias, protectora de incapaces, de esos seres exóticos tan parecidos al hombre que Ginés de Sepúlveda con infinito desdén llamó homúnculos.

Camilo Torres con sentido de clase y en irrefutable alegato jurídico consignado en las vibrantes páginas del Memorial de Agravios, nos cataloga como españoles americanos, como si la realidad étnica del mestizaje no concurriera a la formación del hombre americano.

Simón Bolívar afirma tácitamente nuestra identidad cuando en 1813, lanza desde Trujillo la terrible Proclama de la Guerra a Muerte, con la cual no solo internacionaliza el conflicto armado sino que hace a los americanos distintos de los peninsulares y además solidarios con la causa de la libertad. Luego en la Carta de Jamaica categóricamente advierte que "No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles", y en el memorable Discurso de Angostura previene que "Nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América que una emanación de la Europa" y que "Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos".

Y a fe que esta categórica definición de identidad difiere y contrasta con las opiniones de Hegel, para quien la América es un simple hecho geográfico por cuanto "Se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual" (*Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*) y John Quincy Adams, quien nos califica como "una raza heterogénea", con la cual no pueden entrar en relaciones hombres de ley y de principios como los americanos del Norte.

Al subestimar a la América se nos saca disimuladamente de la Historia. Sin embargo, con Bolívar se cumple el retorno a ella, pues

como acertadamente lo anotó Germán Arciniegas en la Catedral de Santa Marta en diciembre de 1980: "Luego, con audacia aún mayor, moviéndose dentro de un escenario increíble, Bolívar completaba el arco que vino a deslindar los tiempos de la Historia Universal".

Que Bolívar es el anti-Hegel que nos reincorpora como sujetos al curso de la Historia, lo ratificó también en aquella ocasión el Jefe del Gobierno Español Adolfo Suárez en estos precisos términos: "Simón Bolívar es una realización histórica insoslayable y es un incitante sueño profético. La realización histórica que él hizo, que era necesario que alguien hiciese en 1800 y cuya necesidad él supo encarnar, consistió en insertar a Hispano América en su época y en la Historia".

He aquí pues la hazaña. Bolívar nos incrusta simultáneamente en la historia política del Mundo como coautor de la Independencia y en el pensamiento jurídico del Universo con su esquema de unidad e integración en la libertad, en una dimensión tan intensamente humana que Miguel de Unamuno no vacila en afirmar que sin él la humanidad hubiera quedado incompleta.

Bolívar diseña pues política y jurídicamente la Multipatria Hispanoamericana, que se corona de gloria en Ayacucho como máximo esfuerzo de unidad para alcanzar la libertad y que en el Congreso Anfictiónico de Panamá debía fijar en la historia diplomática de América una época inmortal.

Sabemos sin embargo que el pretorianismo criollo, el nacionalismo arisco, las pasiones mezquinas y aquellos impedimentos que había previsto en Jamaica y que denominó "climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, y caracteres desemejantes" frustraron el sueño de unidad y mataron en su cuna el gran prospecto de la Multipatria Hispanoamericana.

Fue necesario que se insinuaran los nuevos imperios y que distintas pretensiones de dominación oscurecieran el cielo de la América española, para que se apelara a los ideales de unidad de Bolívar en busca de la fortaleza necesaria para conjurar los peligros.

En efecto, de 1831 data el esfuerzo del Ministro de Relaciones Exteriores de México de volver a reunir un Congreso Americano ya que según él "El Congreso de Panamá no produjo los saludables

efectos que eran de esperarse, y que una de las causas que contribuyeron a su desconcierto y que obró de una manera muy directa en su disolución, fue el gran aparato que se quiso darle, así como la presencia de agentes de potencias que de ninguna manera estaban interesadas en que el proyecto saliera adelante”.

En diciembre de 1838 el Ministro de México en Lima pide al Gobierno venezolano que se asocie al proyecto de convocar un Congreso americano, reproduce la Circular de Lima de 1831 y propone como sedes Tacubaya, Panamá o Lima.

Al año siguiente el Canciller de México, Juan de Dios Cañedo, se dirige nuevamente a Venezuela con el mismo objeto y reitera esta misma solicitud en 1840.

Fue necesario que en 1846 se consumara el cercenamiento territorial de México por parte de los Estados Unidos, para que las naciones hispanoamericanas se decidieran a reunir en Lima, el 11 de diciembre de 1847 un Congreso de Plenipotenciarios con representantes de Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada y Perú.

Cuando en 1856 se suceden las aventuras piráticas de William Walker en Nicaragua, surge la necesidad de formalizar un pacto de alianza defensiva y entonces se reúnen en Santiago de Chile y Washington Congresos Hispanoamericanos, cada uno de los cuales aprueba Tratados de Confederación que lamentablemente no se ratifican.

El 14 de abril de 1859 se firma un tratado de amistad y alianza entre los plenipotenciarios de Guatemala y El Salvador; luego se formaliza un convenio de límites entre Nicaragua y Costa Rica, y por medio de otro pacto, en que interviene el representante del Salvador, se sientan los principios de la Unión Centroamericana, antecedente de la ya disuelta Organización de Estados Centro Americanos (ODEGA).

En 1864 se reúne el Segundo Congreso de Lima, el cual aprueba en 1865 un Tratado de Unión, Liga y Confederación que corre la misma suerte de los anteriores.

De manera que, a partir de la muerte del Libertador se realizan cinco Congresos Hispanoamericanos, todos los cuales exaltan su ideal de integración en la libertad y su prospecto de defensa de los

intereses comunes de los confederados.

En medio de este panorama de frustraciones emerge la figura de Torres Caicedo, quien retoma el ideal de unidad propuesto por el Libertador y lo pone al servicio de la mancomunidad latinoamericana para prevenir nuevas dominaciones.

El pensamiento integrador de Torres Caicedo, presenta en su evolución tres facetas que es necesario analizar por separado, a saber: la original creación del vocablo América Latina en 1856; la doctrina de unidad que formula en 1861 y que vierte en su obra *Unión Latinoamericana*, publicada en 1865; y la fundación en París en 1879 de la *Sociedad de la Unión Latinoamericana*.

John L. Phelan, en su ensayo *El origen de la Idea de América* (Cuadernos de Cultura Latinoamericana No. 31) afirma: "El nombre no fue creado de la nada. *Latinoamérica* fue concebida en Francia durante la década de 1860, como un programa de acción para incorporar el papel y las aspiraciones de Francia hacia la población hispánica del Nuevo Mundo" y agrega "El proto-panlatinista Michel Chevalier expresó la idea de Latinoamérica, pero no acuñó el nuevo nombre. Antes de 1860, l'Amérique Latine hasta donde llegan mis conocimientos, no se había usado nunca en la prensa francesa, ni en la literatura de folletín. La primera aparición del término ocurrió en 1861".

Arturo Ardao, en su obra citada registra así la aparición del término: "Exactamente el 26 de septiembre de 1856, fechó Torres Caicedo en Venecia un poema titulado "*Las Dos Américas*", en cuya estrofa primera de la parte IX se lee:

*"La raza de la América Latina
Al frente tiene la sajona raza"*

La gloria de este acierto corresponde pues al bardo colombiano, cuyo numen, al hacer dicotomía sociológica de las dos Américas, le inspira el vocablo "*América Latina*" como una realidad histórica y no ya como "una idea creada por europeos, una abstracción metafísica y metahistórica", como lo pretende Edmundo O'Gorman.

Veamos ahora cuales fueron las circunstancias históricas que incitaron a Torres Caicedo a escribir el poema *Las Dos Américas*, en el cual separa la América prepotente de la América débil e inerte.

El descubrimiento de oro en las montañas de California provocó en 1848 una intensa migración de aventureros, que para realizar la travesía del Atlántico al Pacífico utilizaron los istmos de Tehuantepec en México y el Desaguadero en Nicaragua.

Entre las numerosas empresas que se constituyeron para explotar las rutas centroamericanas se hizo tristemente célebre la de Cornelius Vanderbilt, la cual incumplió el contrato de concesión celebrado con Nicaragua, lo cual obligó al Presidente Frutos Chamorro a iniciar gestiones ante el Gobierno Norteamericano para presionar un arreglo.

Vanderbilt respondió organizando y financiando una revolución interna para derrocar a Chamorro. El pronunciamiento se hizo en 1854 bajo el mando de los líderes opositores Francisco Castellón y Máximo Jerez, a quienes el gobierno derrotó después de una campaña de siete meses.

En 1855 se organizaron en Filadelfia y California fuerzas mercenarias destinadas a derrocar el gobierno legítimo de Nicaragua comandadas por William Walker, aventurero oriundo del Estado esclavista de Tennessee, quien penetró al territorio de aquel país, recibió de Castellón el nombramiento de coronel y con fuerzas mercenarias tomó el 23 de octubre la ciudad de Granada, ubicada a orillas del lago de Nicaragua.

Mediante hábiles maniobras Walker se apoderó de la Compañía de Vanderbilt y se propuso llegar al poder para realizar la aspiración de los poderosos propietarios del sur Norteamericano interesados en convertir a Nicaragua, Cuba y Santo Domingo en otros Estados esclavistas y azucareros de los Estados Unidos.

Después de una serie de peripecias políticas y en un simulacro de elección verificado el 29 de junio de 1856, Walker fue electo Presidente, tomó posesión del cargo el 12 de julio siguiente y como muestra de equilibrio anunció la formación de un gabinete compuesto por Ministros nicaragüenses y Subsecretarios Norteamericanos.

Días más tarde llegó a Granada el Embajador Norteamericano John J. Wheeler y manifestó al Presidente Walker en su discurso: "El Presidente de los Estados Unidos me ordena decirle que tengo

instrucciones para entablar relaciones con este Estado y su Gobierno".

El historiador ecuatoriano Jorge Núñez en su obra *Estados Unidos contra América Latina*, comenta así las medidas que adoptó Walker en ejercicio del Gobierno: "Contando con el respaldo de su país, la complicidad de los "democráticos" nicaragüenses y un ejército incrementado por la llegada de nuevos contingentes filibusteros, Walker se lanzó a fondo a la "americanización" de Nicaragua. Decretó la igualdad de derechos para los nicaragüenses nativos y "naturalizados", es decir los mercenarios a sus órdenes. Introdujo el inglés como segundo idioma oficial del país. Emparejó el valor de la moneda con el del dólar. Emitió bonos dólares destinados a la venta en los Estados Unidos. Liberó de impuestos a las importaciones, para facilitar la intrucción de mercancías norteamericanas, y creó nuevos impuestos para los pequeños comerciantes y productores de aguardiente. Por fin, tratando de atraer la migración de colonos y capitales yanquis, confiscó las haciendas de los patriotas nicaragüenses que se le oponían y anunció su pública subasta en periódicos de Nueva York, Nueva Orleans y San Francisco".

Con el ánimo de fortalecer los intereses sureños, Walker reimplantó la esclavitud y al efecto, no solo estableció un sistema de trabajo forzado para los nicaragüenses culpables de vagancia, o que no cumplieran debidamente con las exigencias laborales de sus patronos, sino que el 22 de septiembre hizo una reforma constitucional que permitía la introducción de esclavos negros al país.

Y es Walker en persona quien explica y justifica así estas medidas extremas: "En los Estados Unidos, la contienda entre el trabajo libre y el trabajo esclavo, no solo afecta los intereses locales sino también la fortuna de todo el Continente. . . El trabajo de las razas inferiores no puede competir con el de la raza blanca; si nó se le da un amo blanco para dirigir sus energías, y sin la protección que les brinda la esclavitud, las razas de color tendrán que sucumbir inevitablemente. . . "¿Qué otra cosa puede hacer el sur sino llevar adelante en Centro América la política (esclavista)?. ¿De qué otro modo puede afianzar la esclavitud, como no sea procurando extenderla más allá de los límites de la Unión Americana?. . . El verdadero campo para ejercer la esclavitud es la América tropical".

Esta insólita política de Walker despertó no solo la resistencia de

los abolicionistas, sino el recelo de Inglaterra, la cual situó frente al puerto nicaragüense de Greytown una flota de trece buques de guerra para respaldar las acciones militares que preparaban los aliados centroamericanos. Y este fue el principio del fin para el filibustero, quien derrotado en la ciudad de Rivas el 27 de abril de 1857 y rescatado por fuerzas navales norteamericanas, se salvó milagrosamente de perecer.

Meses después Walker incursionó nuevamente en Nicaragua, se apoderó de San Juan del Norte y cuando preparaba la conquista del Desaguadero y del Lago de Nicaragua, fuerzas navales enviadas por el Presidente Buchanan lo apresaron y lo llevaron a Estados Unidos. En 1860 intentó un desembarco en Honduras, pero capturado por un buque de guerra inglés fue entregado a las autoridades hondureñas quienes lo fusilaron el 12 de septiembre de 1860.

Este propósito de apoderarse de Nicaragua a toda costa, lo denuncia Torres Caicedo en su obra *Unión Latinoamericana* y al efecto transcribe esta declaración del señor G. Brown en 1858, que hoy adquiere una vigencia inusitada: "Nos interesa poseer a Nicaragua: acaso se encontrará extraordinario que yo hable así; y que manifieste la necesidad en que estamos de tomar posesión de la América Central; pero si tenemos necesidad de eso, lo mejor que podemos hacer es obrar como amos, ir a esas tierras como señores. Si sus habitantes quieren tener un buen gobierno, muy bien y tanto mejor; si nó, que se marchen a otra parte. Acaso existen tratados; pero ¿qué importa eso?. Lo repito: Si tenemos necesidad de la América Central, sepamos apoderarnos de ella, y si la Francia y la Inglaterra quieren intervenir, les leeremos la doctrina de Monroe".

De manera que el factor determinante de la composición del poema *Las Dos Américas*, en el cual Torres Caicedo traza la fisonomía de los dos subcontinentes: espiritual e idealista el latino y utilitarista el sajón, es la aventura de Walker contada así:

*"La América Central es invadida
el Istmo sin cesar amenazado
y Walker, el pirata, es apoyado
por la del Norte, perfida nación".*

El historiador Javier Ocampo López en su obra *"Historia de las*

Ideas de Integración de América Latina (Editorial Bolivariana Internacional, Tunja 1981), afirma que: "Torres Caicedo fue el primer escritor en América que publicó una obra con el título *Unión Latinoamericana* contra el imperialismo norteamericano y con un estudio de la autenticidad a través del pensamiento de Simón Bolívar".

Ello es evidente, por cuanto en el preámbulo del citado libro el autor destaca el pensamiento de Bolívar "de reunir en una liga permanente a los pueblos del Nuevo Mundo", analiza las fases porque ha atravesado esta grande idea y crítica a quienes la califican de utopía. "Los que así hablan olvidan la historia de estos países", refutaba acertadamente Torres Caicedo.

Su análisis del proyecto integracionista del Libertador es ponderado, agudo y certero, pues llega hasta detectar el fenómeno de que la unión debe proponerse y ejercerse de pueblo a pueblo, como expresión conciente de la voluntad de integrarse y no de gobierno a gobierno.

Al respecto Torres Caicedo anota lo siguiente: "El pensamiento fecundo es el de Bolívar: la formación de la unión y liga americana. Al pretender dar forma a la idea boliviana, casi siempre se ha andado por mal camino; y esa es una de las causas que ha retardado la realización de la unión y liga americana. Los gobiernos, desde los primeros Tratados celebrados entre Colombia y México, hasta el Tratado que se llamó Continental entre el Perú, Chile y el Ecuador (tratado que las demás repúblicas no aceptaron): desde el Congreso de Panamá hasta el de Lima, en 1847, los gobiernos americanos decimos, han tenido en mira las relaciones entre ellos más bien que las relaciones entre los pueblos; han querido estatuir sobre puntos de menor importancia, olvidando los grandes intereses continentales".

Resulta oportuno observar que ésta es la causa por la cual se han paralizado los actuales procesos de integración económica acometidos en América Latina, tales como el Mercado Común Centro Americano, la ALALC, hoy ALADI y el Pacto Sub-Regional Andino.

El propósito inequívoco de Torres Caicedo consiste en retomar el pensamiento de unión y confederación, concebido por Bolívar inicialmente para la América antes española y proyectarlo con una

perspectiva mayor en ese ámbito geográfico y espiritual que gracias a él se denomina *América Latina*, en la exacta dimensión y con todos los atributos de una Patria múltiple.

La Doctrina de la Unidad Latinoamericana, expuesta en 1861 y reproducida en 1865, tiene como bases esenciales: la reunión anual de una dieta latinoamericana; la nacionalidad de los hijos de todos esos Estados, "que deberían considerarse como ciudadanos de una patria común, y gozar en todas esas repúblicas de los mismos derechos civiles y políticos"; adopción de unos mismos códigos, pesos, pesas, medidas y monedas; creación de un tribunal para dirimir las cuestiones que se susciten entre las repúblicas confederadas; sistema uniforme de enseñanza; consagración de la libertad de conciencia y tolerancia de cultos; abolición de pasaportes; fijación de contingentes de tropas y recursos para la común defensa, etc.

Al formular estas bases para la Confederación Latinoamericana, Torres Caicedo modela el esquema político y jurídico de la *Multipatria Latinoamericana*, da una magistral lección de Derecho Internacional y le imprime categoría de norma obligatoria al principio moral que prescribe a las naciones fuertes el respeto a los pueblos débiles.

A pesar de su gran influencia personal y de su prestigio en Europa, Torres Caicedo carece del poder político necesario para convertir en tratado multilateral este interesante proyecto de la Confederación Latinoamericana, por lo cual decide fundar la *Sociedad de la Unión Latinoamericana* en 1879, encargada de difundir el ideal y de interesar a pueblos y gobiernos en esta noble y formidable tarea unificadora.

Se sabe que dicha Sociedad contó con muchos y entusiastas adherentes y que tuvo una filial en Roma, pero es deficiente la información sobre sus posteriores actividades.

La lección de americanismo que dió Torres Caicedo y su prospecto de la *Multipatria Latinoamericana* han superado el desafío del tiempo, pues, en cuanto cesó el entusiasmo panamericanista y se hicieron más rigurosas las relaciones de dependencia hacia la América Latina, se restauró ese viejo ideal de la unidad en la libertad

bajo la versión del *Nacionalismo Latinoamericano*, cuyos perfiles y objetivos el expresidente Rafael Caldera define así:

“América Latina cobra hoy en el Mundo una nueva importancia. Después de más de un siglo de dificultades y en medio de situaciones nacionales que distan mucho de ser claras, se afirma un nacionalismo unitario, en medio de la pluralidad de concepciones y sistemas por los cuales se rigen nuestros diferentes países.

Dentro del impulso que cobra esta corriente nacionalista, se hace cada vez más diáfana la inspiración que le presta el pensamiento de Bolívar, como guía de los mejores anhelos revolucionarios de las actuales generaciones de América Latina.

Concretamente, el ideal bolivariano se refleja en cuatro aspectos que determinan la naturaleza y objetivos del nacionalismo latinoamericano:

- I Defensa irrestricta de la soberanía e independencia de América Latina “contra el mundo entero si todo el mundo la ofende”, como lo manifestó Bolívar en 1818 a un comisionado de los Estados Unidos de Norte América.
- II Unidad en la variedad, respeto a la organización soberana de cada una de nuestras repúblicas, dentro de una orientación solidaria y armónica en defensa del patrimonio común y de los derechos de cada una. “El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes”, “Ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un Congreso general permanente”. Esto es, la solidaridad pluralista de América Latina.
- III Justicia e igualdad entre los hombres y entre las naciones, como objetivo común de todas las naciones latinoamericanas.
- IV Contribución eficaz de la América Latina para la paz y el entendimiento entre los hombres, para la libertad y la justicia, contra el colonialismo y la prepotencia en cualquier lugar de la tierra. El equilibrio del Universo para la armonía universal”

Y en la última década ese concepto de la Multipatria Latinoamericana nos ha permitido estructurar un cuerpo de doctrina denominado *Humanismo Bolivariano*, que se propone rescatar la dignidad

de la persona humana en una dimensión de justicia social y a procurar que los hombres solidariamente trabajen por el ideal común de una humanidad mejor.

Este humanismo opone la unidad a las formas de dependencia; al monroísmo enfrenta la autodeterminación y al dominio de las transnacionales responde con la Multipatria Latinoamericana.

Procura la unidad dentro de la diversidad, respetando la identidad de cada uno de los componentes, para garantizar la soberanía e independencia de los pueblos de América Latina y el Caribe. Promueve la integración por las vías de la educación y la cultura para acercar a los pueblos e imprimirles conciencia de unidad.

Ratifica los principios de libre autodeterminación, no intervención, gobierno popular representativo, solución pacífica de conflictos e integración en la libertad.

Repudia la ignorancia, la miseria, la enfermedad, la marginalidad, la dependencia, el colonialismo, la injusticia social, el cercenamiento territorial, la negación de las libertades públicas.

Propugna por la vigencia del poder moral como instrumento idóneo para la defensa de los derechos de la persona humana como tal y de rechazo contra toda forma de degradación de la vida civil, política y administrativa. Condena la violación de los derechos humanos, la malversación de fondos, el tráfico de influencias y cuantas prácticas deshonestas en el ejercicio de funciones públicas o privadas deterioren las costumbres cívicas, o envilezcan el carácter colectivo.

Esos principios son los que hemos procurado divulgar con Leopoldo Zea y Otto Morales Benítez a través de la *Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe* (SOLAR), que tengo el honor de presidir y esa la doctrina que a diario expongo en la cátedra universitaria.

Estas son las razones que nos permiten concluir que *José María Torres Caicedo* es el *Precursor de la Multipatria Latinoamericana*, en vía de integración, es cierto, pero lo cual nos habra de restituir con signos de permanencia a la fecunda y enaltecida vida de la Historia.

Señor Presidente y señores Académicos:

Al comenzar afirmé que la *Multipatria Latinoamericana* es la moderna versión de la "*Utopía Salvaje*", concebida para esa América surgida de la indómita pasión del mestizaje y conformada en su mayoría por clases preteridas y marginales que es necesario incorporar al proceso civilizatorio. Esa utopía la idealizó mi amigo el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, con sentido de fábula y bajo el sugestivo título de *Saudades da Inocencia Perdida*. Empero pienso que la cruda brutalidad del presente ha hecho de esa utopía una realidad, que en vez de eludir debemos confrontar.

Al abordar esta controvertida temática temo haber incurrido en impertinencias que ustedes disculparán por cuanto son producto inevitable de la incursión de este "buen salvaje" por los inescrutables meandros de la cultura histórica.

Finalmente, impetro su benevolencia para mis necias divagaciones y por cuanto se resignaron a escucharlas, con todo respeto les ruego considerar que tal es el precio que deben pagar por la imprudencia de llamar a este salvaje, utópico e irreverente, a compartir con ustedes graves responsabilidades académicas. Mil gracias.

BIBLIOGRAFIA

- ARCINIEGAS, Germán. "Discurso en la Catedral de Santa Marta". Boletín de Historia y Antigüedades No. 732 Bogotá 1981.
- ARDAO, Arturo. "Génesis de la Idea y el Nombre de América Latina". Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos. Avila Arte S. A. Caracas 1980.
- ARISMENDI POSADA, Octavio. "Es posible una Confederación Hispano Americana". Editorial Antares. Bogotá 1984.
- BORDA, Francisco de Paula. "Conversaciones con mis Hijos". Biblioteca del Banco Popular Vol. 65 Bogotá 1974.
- CALDERA, Rafael. "Reflexiones de la Rábida". Editorial Seix Barral S. A. Barcelona 1976. "El Pensamiento de Bolívar". "Ideario Político del Libertador". Editorial Bolivariana Internacional. Tunja 1983.
- CORDOVEZ MOURE, José María. "Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá". Aguilar, Madrid 1957.
- GOMEZ RESTREPO, Antonio. "Resumen de la Literatura Colombiana". Nueva York, París 1918. "El 20 de Julio de 1849". El Neogranadino, Bogotá 1850.
- HEGEL, Federico Guillermo. "Lecciones de Filosofía de la Historia Universal". Edición Anaconda. Buenos Aires 1946.
- NUÑEZ, Jorge. Estados Unidos contra América Latina. Revista Nueva. Quito 1980.
- OCAMPO LOPEZ, Javier. "José María Torres Caicedo y el Problema de la Identidad de América Latina". Pensamiento y Acción No. 4. Tunja 1978. "Historia de la Idea de Integración de América Latina". Editorial Bolivariana Internacional. Tunja 1981.
- OTERO MUÑOZ, Gustavo. "Hombres y Ciudades". Prensas del Ministerio de Educación. Bogotá, 1948.
- PHELAN, John. "El Origen de la Idea de América". Cuadernos Latinoamericanos No. 31. Imprenta Madero México 1979.
- QUIJANO WALLIS, José María. "Memorias". Tipografía Italo-Orientale. Roma 1919.

RIBEIRO, Darcy. "El Dilema de América Latina". Siglo XXI Editores. México 1976. "Utopía Selvagem". Editora Nova Fronteira. Río de Janeiro 1982.

RIVADENEIRA VARGAS, Antonio José. "Bolívar: Integración y Libertad". Tiempo Americano Editores. Bogotá 1981.- "Bolívar, Patria e Identidad Cultural". Anuario del Centro de Estudios Latino-Americanos Rómulo Gallegos, Caracas 1983. "Colombia al Libertador". Volumen VII Colección Presidencia de la República. Imprenta del Dane Bogotá 1981. "El Panamericanismo, Antítesis de la Integración Bolivariana". Revista Nuestra América No. 1. Tunja 1982.

SUAREZ, Adolfo. "Discurso en la Catedral de Santa Marta". Boletín de Historia y Antigüedades No. 732. Bogotá 1981.

TORRES CAICEDO, José María. "Unión Latinoamericana". París, Librería La Rosa y Bourel 1865.

TORRES Y PEÑA, José Antonio. "Memorias sobre los Orígenes de la Independencia Nacional". Bogotá, Editorial Kelly 1960.

URDANETA, Alberto. "El Papel Periódico Ilustrado". Editorial Carvajal, Cali 1979.

ZEA, Leopoldo. "Integración en la Libertad". Editorial Edicol, México 1980.